

los sentimientos; pero si en todo esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor caiga sobre aquel que en provecho suyo ha turbado la armonía de la naturaleza. Id, señor conde de Fénix; id, Lorenza Feliciani, no quiero deteneros más... pero antes recoged vuestras alhajas.

— Son para los pobres, señora, dijo el conde, y distribuída la limosna por vuestras manos será dos veces grata á los ojos de Dios. No pido más que mi caballo Djerid.

— Podéis reclamarlo á la salida. Id con Dios.

El conde hizo una reverencia delante de la princesa y presentó su brazo á Lorenza, que lo aceptó al punto, y salió con él sin pronunciar una palabra.

— ¡Ah, señor, cardenal, dijo la princesa meneando tristemente la cabeza, hay cosas incomprensibles y fatales en el aire que respiramos!

V

El regreso de San Dionisio

Al separarse de Felipe, Gilberto, como hemos dicho, volvió á confundirse entre la multitud.

Pero esta vez no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazón palpitante de esperanza y de alegría, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habían podido dulcificar la buena acogida y los generosos ofrecimientos de Felipe.

Andrea no sospechaba siquiera que hubiese estado cruel con Gilberto. La hermosa é impasible joven ignoraba completamente que pudiese haber entre ella y el hijo de su nodriza punto alguno de contacto ni para el dolor, ni para la alegría. Ella pasaba por encima de las esferas inferiores, arrojando sobre ellas su sombra ó su luz, según se hallaba ella misma risueña ó sombría. En esta ocasión, la sombra de su desdén había helado á Gilberto, y como ella no había hecho más que seguir el impulso de su propia naturaleza, ignoraba que hubiese estado desdeñosa.

Pero Gilberto, como un atleta desarmado, lo había recibido todo en medio del corazón, miradas de desprecio y palabras soberbias, y Gilberto no tenía aún bastante filosofía para no darse, sangrando como estaba, el consuelo de la desesperación.

Así, pues, desde el momento en que se confundió entre la muchedumbre, no se cuidó ya de los cabales

ni de los hombres. Reuniendo cuanto pudo sus fuerzas á riesgo de extraviarse ó de ser estropeado, se lanzó como un jabalí herido al través de la multitud, y logró abrirse paso.

Cuando atravesó las columnas más espesas del pueblo, comenzó á respirar más libremente, y dirigiendo la vista en torno suyo, vió la verdura, la soledad y el agua.

Sin saber á dónde iba, corrió hasta el Sena, y se encontró casi enfrente de la isla de San Dionisto. Entonces, rendido, no por la fatiga del cuerpo, sino por las angustias del espíritu, se dejó caer sobre la hierba, y ocultando la cabeza entre ambas manos, se puso á rugir frenéticamente como si aquella lengua del león expresase mejor sus dolores que los gritos y la palabra del hombre.

En efecto, ¿no se había extinguido de repente todo aquel espíritu vago é indeciso, aquella halagüeña esperanza que hasta entonces había dejado caer algunos rayos de luz furtiva sobre deseos insensatos de que no se atrevía á darse cuenta? Á cualquier grado de la escala social á que subiera Gilberto á fuerza de genio, de ciencia ó de estudio, Gilberto sería siempre Gilberto para Andrea; es decir, una cosa ó un hombre, estas habían sido sus propias expresiones, del cual no debía hacer caso su padre, pues no valía la pena de que bajara uno los ojos hasta él.

Por un instante había creído que al verle en París, que al saber que había venido á pie, y al conocer su resolución de luchar con su oscuridad hasta que la hubiese vencido, Andrea aplaudiría sus generosos esfuerzos. Y he aquí que no solamente había faltado el *macte animo* al generoso joven, sino que por todo premio de tantas fatigas y de tan alta resolución había recogido la desdeñosa indiferencia que siempre había

mostrado Andrea hacia aquel Gilberto del castillo de Taverney.

Además, ¿no había estado á punto de enfadarse cuando supo que Gilberto había tenido la audacia de dirigir la vista á su cuaderno de solfeo? Si Gilberto hubiese tocado siquiera con un dedo ese cuaderno, indudablemente no hubiera sido ya bueno sino para ser quemado.

En los corazones débiles, una decepción, un engaño, no son otra cosa que un golpe á que se doblega el amor para levantarse después más fuerte y perseverante. Ellos expresan sus dolores por medio de quejas ó lágrimas: tienen la resignación del cordero debajo del cuchillo. Hay más: el amor de estos mártires se aumenta frecuentemente con los dolores que deberían matarlo; diciéndose á sí mismos que su dulzura tendrá su recompensa, esta recompensa es el objeto hacia que se dirigen, sea el camino bueno ó malo; llegarán más tarde, y nada más, pero llegarán.

No sucede lo mismo con los corazones fuertes, con los temperamentos resueltos y con las organizaciones poderosas. Estos corazones se irritan á la vista de su sangre que corre, y su energía se aumenta tan salvajemente, que desde entonces pueden considerarse más bien como rencorosos que como amantes. Preciso es no acusarlos, porque en ellos el amor y el odio se tocan tan de cerca, que no sienten la transición del uno al otro.

Por consiguiente, cuando Gilberto se dejaba caer de aquella suerte en el suelo, vencido por su dolor, ¿sabía si amaba ú odiaba á Andrea? No: sufría y nada más. Sólo que, como no era capaz de una paciencia larga, sacudió su abatimiento decidido á tomar una enérgica resolución.

— No me ama, dijo para sí, es verdad; pero tam-

poco yo podía ni debía esperar que me amase. Lo que tenía derecho á exigir de ella era ese dulce interés que merecen los desgraciados que tienen la energía de luchar con su desgracia. Lo que ha comprendido su hermano no lo ha comprendido ella. Aquel me ha dicho : ¿ quién sabe ? ¿ acaso llegarás á ser un Colbert, un Vaubán ! Si llegó á ser uno ú otro, me haría justicia dándome su hermana en recompensa de mi gloria adquirida, como me la habría dado en cambio de mi aristocracia nativa, si mi cuna hubiese sido igual á la suya. ¡ Pero para ella ! ¡ oh ! sí, lo conozco... ¡ Oh : Colbert y Vaubán serían siempre Gilberto, porque ella desprecia en mí lo que nada puede borrar, dorar, ni cubrir... la humildad de mi nacimiento. Como si en el caso de que yo llegase á mi objeto, no habría tenido que crecer más para llegar hasta ella que si hubiese nacido á su lado. ¡ Oh criatura loca ! ¡ oh ser insensato ! ¡ oh mujer !... ¡ mujer ! es decir, imperfección.

Fiaos de esa hermosa mirada, de esa frente despejada, de esa sonrisa inteligente, de ese aire de reina : esa es la señorita de Taverney ; es decir, una mujer que por su hermosura se hace digna de gobernar al mundo... Os engañáis : es una provinciana orgullosa y criada en medio de las preocupaciones aristocráticas. Todos esos jóvenes elegantes de cabezas vacías que han tenido todos los recursos necesarios para saberlo todo y nada saben, son para ella iguales suyos ; estos son hombres en quienes se debe fijar la atención... ¡ pero Gilberto !... Gilberto es un perro, menos que un perro, puesto que Andrea se ha acordado de preguntar por Mabón, y no hubiera preguntado por Gilberto.

¡ Oh ! ignora que soy tan fuerte como ellos ; que cuando lleve el vestido que ellos llevan, seré tan hermoso como ellos ; que tengo una voluntad inflexible que ellos no tienen, y que si quiero...

Una sonrisa terrible se dibujó en los labios de Gilberto sin concluir la frase.

Después, lentamente y frunciendo el ceño, bajó su cabeza sobre el pecho.

¿ Qué pasó en aquel momento en aquella alma oscura, bajo qué terrible idea se inclinó aquella frente pálida por las vigiliass y la meditación ? ¿ Quién lo dirá ? ¿ Es el marinero que bajaba el río con su canoa entonando la canción de Enrique IV ? ¿ Es la alegre lavandera que volvía de San Dionisio, después de haber visto la entrada de la Delfina, y que al separarse de su camino tomó tal vez por un ladrón á aquel joven ocioso tendido sobre la hierba en medio de las estacas cargadas de ropa ?

Después de media hora de meditación profunda se levantó Gilberto frío y resuelto ; bajó al Sena, bebió agua, dirigió la vista á su alrededor, y vió á su izquierda las oleadas lejanas del pueblo al salir de San Dionisio.

En medio de aquella multitud se distinguían los primeros coches marchando al paso y siguiendo el camino de Saint-Ouen, que casi obstruía la concurrencia.

La Delfina había querido que su entrada fuera una fiesta de familia. Así es que la familia usó del privilegio, viéndola colocarse tan cerca del espectáculo regio, que muchos parisienses subieron á los asientos de la servidumbre, y se colgaron, sin ser inquietados, de las pesadas sopandas de los coches.

No tardó Gilberto en distinguir el coche de Andrea. Felipe galopaba, ó más bien piafaba á la portezuela del carruaje.

— Está bien, dijo. Es menester que sepa á dónde va, y para que sepa á dónde va, es preciso que la siga. Gilberto siguió.

La Delfina debía ir á cenar á la Muette en compañía del rey, del Delfín, el conde de Provenza, el de Artois; y preciso es decirlo, Luis XV llevó el olvido de su decoro hasta el punto de entregar á la Delfina en San Dionisio una lista de los convidados y un lápiz para que borrara á los que no le convinieran.

Cuando la Delfina llegó al nombre de madama Dubarry, colocada la última, sintió en sus labios un temblor convulsivo; pero, sostenida por las instrucciones de la emperatriz su madre, llamó en su auxilio todas sus fuerzas, y con una sonrisa encantadora devolvió la lista y el lápiz al rey, diciéndole que se tenía por muy dichosa con ser admitida desde luego en la intimidad de su familia.

Gilberto ignoraba esto, y hasta llegar á la Muette no conoció los coches de madama Dubarry y á Zamora empujado sobre su gran caballo blanco.

Afortunadamente había ya anochecido; Gilberto se echó entre unas matas boca abajo y esperó.

El rey hizo cenar á su nuera con su manceba, y mostró una jovialidad encantadora, especialmente después que vió á la Delfina acoger á madama Dubarry mejor aun que la había acogido en Compiègne.

Pero el Delfín, sombrío y pensativo, pretextó un gran dolor de cabeza, y se retiró antes de sentarse á la mesa.

La cena se alargó hasta las once.

Entretanto, los de la comitiva, y preciso era á la orgullosa Andrea confesar que era de ese número, cenaron en los pabellones al son de la música que les envió el rey. Además, como los pabellones eran muy reducidos, cincuenta señores cenaron en mesas puestas sobre la hierba, servidos por cincuenta lacayos con librea real.

Gilberto, que seguía oculto entre los árboles, no

perdió nada de aquel espectáculo. Sacó de su bolsillo un pedazo de pan que había comprado en Clichy-la-Garenne, y cenó como los demás, sin dejar de vigilar á los que marchaban.

La Delfina se presentó al balcón después de la cena; acababa de despedirse de sus huéspedes. El rey estaba á su lado, madama Dubarry, con el tacto que sus mismos enemigos admiraban en ella, se mantuvo en el interior del aposento sin ser vista.

Todos pasaron al pie del balcón para saludar al rey y á S. A. R. La Delfina conocía ya á muchos de los que la habían acompañado, y el rey le iba nombrando á los que no conocía. De vez en cuando, una palabra graciosa, un dicho oportuno salía de sus labios y hacía la alegría de aquellos á quienes se dirigía.

Gilberto veía desde lejos toda aquella bajeza, y decía :

— Soy más grande que todos esos, porque, por todo el oro del mundo, no haría lo que ellos hacen.

Tocó la vez al señor de Taverney y á su familia.

Gilberto se levantó sobre una rodilla.

— Señor Felipe, dijo la Delfina, os doy permiso para conducir á vuestro padre y á vuestra hermana á París.

Gilberto oyó estas palabras que, en el silencio de la noche y en media de recogimiento de los que escuchaban y miraban, fueron á vibrar á sus oídos.

La Delfina añadió :

— Señor de Taverney, no puedo hospedaros aún; así, id con la señorita á París, hasta que yo haya instalado mi casa en Versalles. Señorita, pensad algo en mí.

El barón pasó con sus dos hijos. Detrás de ellos llegaron otros muchos á quienes la Delfina tenía aun

cosas parecidas que decir, pero que importaban muy poco á Gilberto.

Deslizóse éste fuera del tallar, y siguió al barón en medio de los confusos gritos de doscientos lacayos que corrían tras de sus amos, y de sesenta coches que rodaban por el pavimento como relámpagos.

Como el señor de Taverney tenía una carroza de la corte, aguardaba ésta aparte. Subió á ella con Andrea y Felipe, y cerraron la portezuela.

— Amigo, dijo Felipe al lacayo que cerraba la portezuela, suba usted al pescante con el cochero.

— ¿Y por qué? preguntó el barón.

— Porque el infeliz está en pie desde la madrugada, y debe estar rendido, respondió Felipe.

El barón dijo entre dientes algunas palabras que Gilberto no pudo comprender; el lacayo subió al lado del cochero.

Gilberto se acercó.

En el momento en que iba á marchar el coche, observaron que estaba desenganchado uno de los tiros.

Apeóse el cochero, y el coche permaneció aun algunos instantes parado.

— Es muy tarde, dijo el barón.

— Estoy horriblemente fatigada, murmuró Andrea; ¿á lo menos hallaremos en donde acostarnos?

— Así lo espero, respondió Felipe. He enviado directamente á La Brié y Nicole de Soissons á París con una carta para un amigo mío, á quien encargaba que retuviese un pequeño pabellón que su madre y su hermana habitaron el año pasado. No es una habitación lujosa, pero es cómoda. No tratáis de presentaros al público, y sólo queréis poder aguardar.

— Supongo, dijo el barón, que siempre será tan buena como Taverney.

— Desgraciadamente sí, padre mío, dijo Felipe sonriendo melancólicamente.

— ¿Tendré allí árboles? preguntó Andrea.

— Sí, y muy lindos; sólo que, según todas las probabilidades, no gozarás de ellos largo tiempo, porque así que se celebre el matrimonio serás presentada.

— Vamos, tenemos un sueño dorado, tratemos de no despertar demasiado pronto. Felipe, ¿has dado las señas al cochero?

— Sí, padre mío, respondió Felipe.

Gilberto, que lo había oído todo, abrigó por un instante la esperanza de oír aquellas señas.

— No importa, dijo, los seguiré. Desde aquí á París no hay más que una legua.

El tiro estaba enganchado, el cochero se volvió al pescante, y la carroza se puso en marcha.

Pero los caballos del rey van ligeros, cuando la hilería no los fuerza á marchar lentamente: tan ligeros, que recordaron al pobre Gilberto el camino de La Chaussée, su desmayo y su impotencia.

Hizo un esfuerzo, llegó á la zaga del coche que había quedado vacante por el lacayo cansado, se subió á ella y se dejó llevar.

Pero casi en el mismo instante se le ocurrió la idea de que había subido á la zaga del coche de Andrea, es decir, al puesto del lacayo.

— ¡Y bien, no! murmuró el inflexible joven. No se dirá que no he luchado hasta el último extremo; mis piernas están fatigadas, pero no le están mis brazos.

Y cogiendo con ambas manos la zaga en que había puesto la punta de sus zapatos, se hizo arrastrar debajo de la zaga, y á pesar de los vaivenes y sacudidas, se mantuvo por el vigor de sus brazos en aquella posición difícil, por no capitular con su conciencia.

— Yo sabré sus señas, murmuró; yo las sabré. Pasemos aun una mala noche, y mañana reposaré en mi silla copiando música. Por otra parte, me queda dinero, y puedo tomarme dos horas de sueño, si quiero.

Luego pensaba que París era muy grande, y que iba á perderse, él que no lo conocía, cuando el barón y sus dos hijos hubiesen entrado en la casa escogida por Felipe.

Afortunadamente era ya casi media noche, y amanece á las tres y media.

Reflexionando en todo esto, Gilberto observó que atravesaba una grande plaza en medio de la cual se elevaba una estatua ecuestre.

— ¡ Calla ! se diría que estamos en la plaza de las Victorias ! dijo alegre y sorprendido á la vez.

El carruaje dió la vuelta, y Andrea asomó la cabeza por la portezuela.

Felipe dijo :

— Es la estatua del difunto rey. Vamos llegando.

Bajaron por una pendiente bastante rápida, y Gilberto estuvo á punto de rodar bajo las ruedas.

— Ya hemos llegado, dijo Felipe.

Gilberto dejó sus pies tocar al suelo y se lanzó al otro lado de la calle, en donde se ocultó tras un recantón.

Felipe fué el primero que se apeó; llamó á la puerta, y volviéndose, recibió á Andrea en sus brazos.

El barón se apeó el último.

— ¡ Y bien ! dijo. ¿ Esos tunantes quieren hacernos pasar aquí la noche ?

En este momento se oyó resonar la voz de La Brie y Nicole, y se abrió una puerta.

Los tres viajeros se sumieron en un sombrío patio cuya puerta se cerró tras ellos.

El carruaje y los lacayos marcharon á las caballerizas del rey.

La casa en que acababan de desaparecer los tres viajeros, no tenía nada de notable, pero el coche iluminó, al pasar, la casa contigua, y Gilberto pudo leer :

Hôtel d'Armenonville.

Sólo le faltaba que reconocer la calle.

Corrió al extremo de ella más inmediato, si bien era el mismo por donde se había ido el coche, y encontró allí la fuente en que él tenía costumbre de beber.

Dió diez pasos por una calle que volvía paralela á la que acababa de dejar, y reconoció la panadería en que compraba su pan.

Dudando aun, volvió hasta el ángulo de la calle, y á la lejana luz de un reverbero pudo leer en el fondo de una piedra blanca las dos palabras que tres dias antes había leído al volver de herborizar con Rousseau en los bosques de Meudón.

— ¡ Calle Platriere !

Así Andrea estaba á cien pasos de él, menos lejos que estaba en Taverny de su zaquizami cerca de la reja del castillo.

Entonces corrió á la puerta de su casa esperando que el dichoso cabo de bramante que levantaba el pasaporte interior, no estaría aun recogido.

Gilberto estaba en su día de fortuna. Pasó por el agujero algunos hilos, con el auxilio de estos atrajo á sí el todo, y la puerta cedió.

El joven halló la escalera á tientas, subió uno á uno los escalones sin hacer ruido, y acabó por tocar con la yema de los dedos el candado de su desván, en el que Rousseau había dejado la llave por complacencia.

Al cabo de seis minutos, el cansancio había subyugado la preocupación, y Gilberto se dormía en la impaciencia del día siguiente.